

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La infancia, por D. Evaristo Fombona.—*Recuerdos de mi madre*, poesía, por D. Juan Vicente Mendible.—*La ingratitud*, por doña Faustina Saez de Melgar.—*Las perlas*, por D. Alejandro Buchaca y Freire.—*Guillermo Moncé* (se continuará), por doña Rogelia Leon.—*El Sacrilego*, cuento (se continuará), por don Julian Castellanos.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—*Revista de modas: Correo de señoritas*, por doña Joaquín de Carnicero.—*Explicación del figurín*.—*Variedades*.
Pliego noveno del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.
Pliego octavo de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

LA INFANCIA.

«Dejad que los niños se acerquen á mí,» decía el Salvador. Dejadnos acercar á los niños, decimos nosotros. Si el Salvador da nuevo realce á la inocencia, denos la inocencia nuevo realce á nosotros, inspirando á nuestro sentimiento ternura y atractivo á nuestra palabra. Al hablar de los niños, debe ser como ellos bella la imagen, y bella la forma de la

imagen. Si es hermoso el modelo, que sea hermosa la copia de ese modelo.

Son dignas de estudio y dignas de reflexion las dos edades extremas de la vida. Si en la plenitud de sus gracias nos enamora la infancia, reverencia nos infunde la ilustre ancianidad en la plenitud de su gloria. Por el color de la aurora puede adivinarse qué será el día. Y el color del ocaso nos revela si fué ilustre ó no fué ilustre la carrera del sol. Los niños son la imagen pura de la verdad que cautiva: los ancianos la imagen pura de la verdad que avasalla. Los niños no tienen interés en la mentira: la mentira es cálculo; los niños no calculan: los niños sienten.

Tampoco tienen interés en la mentira los ancianos. Saben por dolorosa experiencia que la vida es la verdad: que engañar no es vivir. El niño ama la verdad, porque la siente hermosa; y ama la verdad, porque la conoce hermosa el anciano. No miente la infancia, que nada sabe, ni miente la ancianidad, que sabe mucho.

Mienten los semisábios, perdidos en las regiones del error, donde reinan despóticas la vanidad y la

soberbia, impúdicas cortesanas. Los rayos de la fé no penetran en esas regiones impuras, ni en esos desiertos dilatados encuentran siquiera un eco perdido, la voz de la verdad.

La mentira es flaqueza de corazon, y no puede ser flaco un corazon que, como el del niño, siente lleno de encantos el mundo. Es flaco el corazon, víctima de los estragos del vicio. La mentira es flaqueza del alma, y no puede ser flaca un alma que, como la del anciano ilustre, ha quedado siempre victoriosa en la lucha de la verdad contra el error. Es flaca el alma que encadenada al error, se duerme á las lisonjas de la vanidad, ó se despierta furiosa á los aullidos de la soberbia para caer en más profunda postracion.

Hay en la infancia sed de vida, y por tanto sed de amor; sed de amor al mundo: no puede ser más lata su esfera. Hay en la ancianidad sed de vida, y por tanto sed de amor; pero sed de vida inmortal, sed de amor inmortal.

Basta al niño nuestro amor; no basta al anciano nuestro amor: el anciano quiere el amor de todas las generaciones y de todos los pueblos: quiere la recompensa de su amor, que es amor infinito. En esta legitima aspiracion vemos clara la escelencia de nuestra dignidad, y manifiesta la gloria de nuestro destino. Y esa aspiracion inmortal se revela más ó menos clara, más ó menos vigorosa en todos los periodos del mundo. Vosotros, séres degenerados, que os conformais con vivir hoy y morir mañana, sin grabar en vuestra carrera un recuerdo que inspire gratitud y merezca una lágrima á vuestra familia, y al prógimo una bendicion; vosotros desdeñad estos pensamientos: no pensamos para vosotros, que estais muertos en vida: y esclavos de lo perecedero, no comprendéis lo perdurable, é inclinados á la tierra, no podeis levantar la mirada al cielo. No podeis ni esclamar como algunos gentiles que hervian en espíritu inmortal: *Exigi monumentum ære perennius*: mis obras son inmortales. Nada más pobre que vuestra vida, porque es pobre de toda pobreza vuestra alma.

Enunciadas estas reflexiones, volvamos á la infancia que tanto nos embelesa.

Así como siente las primeras caricias, que sienta de su madre el niño los primeros preceptos. Nada más suave, nada más amoroso, nada más instructivo que la voz de una madre, penetrada de sus divinas funciones: preparar á su hijo para que sea digna

imágen de Dios; para que revele en su sentimiento la nobleza de su prosapia; para que revele en su alma la inmortalidad de su destino. Cada criatura á su manera, todas al despertar la mañana, adoran al Criador, y bajo la fé de la Providencia, se recogen en si mismas al llegar la noche para adorarle de nuevo al siguiente dia. Si el hombre, perdido en las bacasnales de la tierra, olvida la oracion que aprendió en la cuna, no haya una madre que no enseñe á su hijo la oracion. Si le quiere lleno de vida y lleno de gracia, que le enseñe temprano á dirigirse al *Autor* de toda gracia y de toda vida. Si quiere guarecer su amor filial contra las tentaciones de la tierra, que le haga apagar la sed desde temprano en la fuente viva de vivo amor. Si quiere que no se estravíe en los desiertos del mundo, que le encienda desde temprano en su corazon la antorcha de la fé. Si quiere que no naufrague en el océano de la vida, que le señale á menudo en el cielo la estrella polar que conduce al puerto de salvacion. Si quiere ver feliz á su hijo, que le enseñe desde la cuna á levantar el alma á Dios y pedirle mercedes. Como el perfume del santuario, tan grata debe ser á Dios la oracion de un niño. El Ángel de la Guarda se regocija al presentar al Criador, pura como el incienso del tabernáculo, la plegaria de la inocencia. Ved aquí, madres de familia, la

ORACION DEL NIÑO EN LA MAÑANA.

«Dios Eterno, á quien mi padre
Dobla humilde la rodilla,
Á cuyo nombre mi madre
Con fé y con temor se humilla.

Ya sé que ese sol brillante
Es de tu poder un juego,
Y ante tu rostro radiante
Encubre su luz y fuego.....

Y que mi oracion sencilla
Llega á tu Trono sagrado,
Donde se encoge y humilla
El serafin abrasado.

Si oramos en tu presencia
Dicen que placer te damos,
A causa de la inocencia
Que sin saberlo gozamos.

Y que igualando los niños
Á los ángeles del cielo,
Son dignos de tus cariños
Cuando ruegan con anhelo.

Si mi oracion fervorosa

Ha de ser digna de tí,
Corona á mi madre hermosa,
Dándome virtud á mí.

Pon en mi pecho justicia,
En mis labios la verdad,
En tus leyes mi delicia,
En mi alma docilidad.

Y que mi voz se levante
Y llegue á tu Sólío inmenso,
Cual de mano del infante
En el altar del incienso.»

Por mucho que sepa la filosofía, más sabe el corazón de una madre. Maestro por maestro para la infancia, llevaos el filósofo y dejadnos la madre.

¿Quereis vivir? Creed. ¿Quereis creer? Amad. ¿Quereis creer y amar para vivir? Adorad á Dios, fuente de toda vida y de todo amor.....

Sin piedad no hay familia: sin religion no hay sociedad.

La piedad es un sentimiento de amor incorruptible: la religion es un sentimiento de amor inmortal. Estraviad esos sentimientos, matad esos sentimientos, y desoladora sobre toda desolación será vuestra desolación. Estéril sobre toda esterilidad será todo plan de vida doméstica, será todo sistema de vida social.

Ya el niño pronuncia el santo nombre de Dios: le enseñó á pronunciarlo su madre: no importa que no lo comprenda. ¿Lo comprendemos nosotros? El niño siente mejor que nosotros la bondad del Creador. Nosotros conocemos más y sentimos menos. Los profetas tenían más corazón que entendimiento: eran como niños inspirados. ¿Hay sabiduría igual á su sabiduría?

Procurad, madres de familia, que no rompa el niño su alianza con el cielo ni su alianza con su hogar. Criarle bien y educarle mejor. Le nutristeis al calor de vuestro pecho, nutridle al calor de vuestro corazón y de vuestro espíritu; hacedle ángel, si le quereis ángel. No creais en la doctrina que hace mala á nuestra naturaleza: no puede ser mala la obra de Dios, ungida con el óleo santo del sacrificio de la Cruz. Si hay maldad en esa obra, es toda nuestra esa maldad, hija de nuestra desidia y de nuestra soberbia. La desidia nos deprava, y la soberbia niega esa depravación y atribuye á la naturaleza nuestros defectos sociales.

En el gimnasio del hogar paterno ha de principiar el aprendizaje del niño, más con el ejemplo que

con la palabra. Trabajo perdido, si con el ejemplo es destruida la palabra. Los hijos continúan nuestra historia, y si ha de continuar honrada nuestra historia, hagamos dignos de nosotros á nuestros descendientes: hagamos que se conserve puro el aire de familia en la más remota posteridad.

Es contra el orden natural que el niño que crece en mala escuela, no sea, á su turno, maestro de escándalo. Por eso inspiraba tanto horror al Divino Maestro los escandalizadores de la infancia. Nuestras primeras impresiones deciden de nuestro porvenir. Si desde la cuna nos es familiar el escándalo, viciada ya nuestra índole, es un milagro la enmienda.

¡Ay de los padres que escandalizan á sus hijos!

Si ha de merecernos sumo cuidado la educación del hijo, la educación de la hija, por su índole de mujer, ha de merecernos más sumo cuidado: perdónesenos la filología en gracia del pensamiento: más sumo cuidado. Que sea pura la atmósfera moral que respiren nuestros pequeñuelos: ¡pura, muy pura!

Es absoluta para la infancia la autoridad materna: nada de discusión.

«Una francesa contemporánea, dice un sábio de nuestro país, dama de tanta hermosura como talento, ha educado, y educado bien á sus hijos, con estas dos solas frases:

Il le faut: Cela ne se peut pas!

«Es preciso! Esto no puede ser.»

¡Qué concisión de método! ¡qué método de enseñanza!

¡Madres de familia! ¡meditad esta primera lección!

EVARISTO FOMBONA.

Caracas, Diciembre, 8 de 1861.

Insertamos con mucho gusto la siguiente poesía que nos remiten de Caracas, agradeciendo infinito su recuerdo al vate venezolano, á quien damos repetidas gracias, como igualmente á las ilustradas hijas de aquella república que, con tanta bondad reciben nuestro semanario.

RECUERDOS DE MI MADRE ¹

DEDICADOS A MIS HERMANOS.

¡Ah! ¡Cuántas veces me senté, abstraído,
Apurando el inquieto pensamiento,

¹ La Sra. Josefina Torres de Mendible.

Buscando la espresion á un sentimiento,
Huella indeleble que dejó el pesar!
Pesar que llevo con placer, que el hombre,
Si el bien más caro de la vida pierde,
Cuando se halle sin él, que lo recuerde,
Alivio dulce encontrará en llorar.

¡Con cuánto ahinco perseguí una frase
En lo más hondo del humano afecto,
Do de la pena al poderoso efecto
Halla arranques sublimes el dolor!
Por que he deseado que las tristes hojas,
A las que yo mis pensamientos fio,
Siquiera tenga, cual tributo mio,
Una palabra al maternal amor.

Porque despues del que infinito emana,
Del seno auguste del Eterno Padre,
No hay otro amor como el amor de madre
En la espinosa senda del vivir:
Y hay una tumba, cuyo estrecho espacio,
De mis recuerdos el recuerdo encierra,
El bien más grande que encontré en la tierra
Y un sér humano pudo recibir.

Ella conserva en silenciosa *nada*
Mis goces inocentes cuando niño,
Y entre el helado maternal cariño
Guarda el primer fervor de mi oracion.
En ella está lo que del vaso queda
Do fundió mi alma del Señor la mano;
En ese polvo de un despojo humano
Hay fibras de mi propio corazon.

Bajo esa losa, acumulados yacen
Lo que voy dando al porvenir, mi historia,
Los pobres lauros de mi humilde gloria,
Los caros restos de mi Madre en fin.
¡Ah! ¡Si el oido con que escucha el ángel
No fuese al alma del mortal vedado,
Y para verla, si me fuese dado
La mirada tener del querubin!

¡Con cuánta dicha su lenguaje oyera,
Y el noble aspecto de su sér mirara,
Y los consejos otra vez hallara
Que solo el labio maternal vertió!
Más duerme en paz, querida Madre, duermé,
Que luce el faro que enseñaste á tu hijo;
En él, constante, la mirada fijo,
Que arrostro ahora la borrasca yo:

Más ruega, sí, que en mi camino lleve
Tu buen ejemplo, que á mi vista tuve,
Y que jamás inesperada nube

Pueda ocultarme el faro de la fé;
Que cuando oprima tu recuerdo mi alma,
O que á mis puertas la desdicha llame,
O me torture el desengaño infame,
A orar al borde de tu losa iré:

Iré, sí, cuenta, que mi sér te debo,
Y sér me huelgo de tu sér nacido,
Y fui tambien con el sudor nutrido
Que derramaste en incesante afan,
¡Deuda eternal! Tu anhelo por armarme
De la maldad contra el amago fuerte....
Cuando luchaste con la adversa suerte,
Y de la boca te quitaste el pan.

¿Pues qué hijo paga la deuda

Que con una madre tiene?

¿Qué importa su fosa llene

Con lágrimas de dolor?

Pudiera..... si el débil hombre

Fuese Dios y no su hechura,

Y para estar á su altura,

Guárdese un cielo á su amor:

Porque el cariño de madre

Para el mortal en el suelo

Es un pedazo de cielo,

Don de la Suma Bondad:

Es un legado precioso

Que pagar nadie ha podido;

De mano en mano ha servido

De escudo á la humanidad.

Mis hijos..... ve, son renuevos

Que á cultivar principiaste;

El que tanto y tanto amaste

Ya sabe nombrar á Dios:

Ya sabe tambien nombrarte,

Y cuando tenga más tino,

Yo le enseñaré el camino

E iremos á orar los dos.

Más ruega á la Virgen Madre

Que no les falte en el suelo

Ese pedazo de cielo

Que al espirar tú, perdí,

Y que ellos de las virtudes

Por el sendero escarpado

Trasmitan ese legado

Que tú me dejaste á mi.

Y en paz descansa en la mansion eterna,
Donde el Supremo Sér premiado te haya,
Y ruega siempre que en mi rumbo vaya
Fija mi vista al faro de la fé;

Que el paso alumbra de tus otros hijos,
Hasta que Dios á todos nos reclame;
Y yo, entretanto que su voz nos llame,
A orar con ellos á tu losa iré.

JUAN VICENTE MENDIBLE.

Caracas, Setiembre 2 de 1865.

LA INGRATITUD.

Vamos á tratar una cuestion muy ingrata, pero muy á la órden del dia. LA INGRATITUD ES HIJA DEL ORGULLO Y DE LA SOBERBIA, Y TIENE POR PADRINO AL AMOR PROPIO. Con semejantes padres no es difícil comprender que la ingratitud debe ser una vibora maligna, semejante á la serpiente del Paraíso; y, en efecto, sus venenosas mordeduras suelen clavarse con frecuencia en los corazones más nobles y generosos.

Los ingratos están por lo general revestidos de agradables formas; suelen estar dotados de buenas figuras, de graciosos rostros, y á veces hasta poseen ingenio, talento y bellísimas dotes que hacen su trato encantador, y en extremo finísimo: ¿quién ha de descubrir la ingratitud bajo esa halagüeña máscara? Sin embargo, ese sentimiento es mucho más terrible si va envuelto en tan engañosas apariencias; pues suele llevar por compañeros el odio y la envidia.

Supongamos, amigo lector, que posees un corazón noble, generoso y benéfico, y tienes un amigo á quien distingues con tu aprecio, á quien admiras y consideras porque le supones tan noble y tan generoso como tú, y porque le encuentras digno y caballero, por sus relevantes prendas, y por su talento. Llega un momento en que la desgracia oprime á tu amigo con su férrea mano, y se ve sometido á la imperiosa necesidad de la miseria, del descrédito, del deshonor quizás, y tú, queriéndole con toda tu alma, no puedes consentir que sufra; te duele su estado, y aun cuando su orgullo no le permita quejarse, tú te anticipas, y arrancando la máscara de vergüenza que cubre su rostro, le alargas una mano protectora, le sacas de su humillante situación, y haces renacer en su alma la alegría, y los colores en su rostro; pero como aquel hombre es un ingrato, y la ingratitud participa de las cualidades de su madre, de su padre y de su padrino, siendo ORGULLOSO, SOBERBIO, y estando dotado de un AMOR PROPIO escesivo, se le an-

toja calificar tus beneficios de vanidosas ínfulas; su orgullo le hace rechazarlos; su soberbia le impide reconocer el sentimiento generoso de tu alma, y su amor propio se siente humillado al recibirlos. Hé aquí por qué al SEMBRAR BENEFICIOS EN TERRENO INGRATO, SOLO SE RECOGEN AGUDOS DARDOS QUE TRASPASAN EL CORAZON. La ingratitud se siente humillada al recibir un beneficio, y es porque su madre *la soberbia*, solo puede abrigar sentimientos bajos y malévolos, y no ha podido inspirar en el alma negra y perversa de su hija instintos dulces y benignos.

La gratitud obliga á las nobles almas, subyuga el corazón, y llena los sentidos de un amor inmenso hácia el bienhechor que mitiga nuestra pena con su ternura ó con sus beneficios; igual es dar caudal de afectos que de dinero. ¿Cómo es posible, pues, que los ingratos se dejen dominar por semejantes sentimientos?

Por eso, en pago del beneficio ó del amor, devuelven el odio, la animadversión, la saña; el hombre que los ha humillado, en vez de ser su amigo, se convierte en su mayor enemigo, y despues de haberse aprovechado de su generosidad, le desprecian y quizás le infaman con los dardos de la calumnia y de la sátira. Siempre el beneficio que se ha sembrado en terreno ingrato, se vuelve contra el bienhechor; el premio de su abnegacion y su sacrificio, suele ser un tormento para él, porque pierde la amistad y el cariño de una persona á quien queria mucho. Le duele además el desengaño que recibe, porque cada ilusion perdida acibara nuestra existencia, y es verdaderamente muy amargo para las almas sensibles apurar una y otra vez esa copa funesta, cuando tan corta es la vida, y tan pocas dulzuras nos ofrece.

Sin embargo, siempre queda el consuelo de que los beneficios que siembra la verdadera caridad no son completamente estériles, si en el terreno de la ingratitud producen espinas; como es una semilla santa, debe fructificar en el cielo: sin duda que las buenas almas encontrarán un dia en el seno de Dios la recompensa que les niegan los hombres.

Aun deben ser mucho más infelices *los ingratos*, pues su soberbia y su amor propio, endureciendo su corazón, le hacen inaccesible á los dulces afectos de la vida, y llegan á convertirse en escépticos: se ven abandonados de sus amigos, porque todo se perdona en este mundo, todo se olvida; pero la ingratitud, jamás. Las heridas que abre la ingratitud, si bien las cierra el tiempo, quedan siempre las cic-

trices, y la dolorosa señal de una herida que nos ha dolido mucho, no puede olvidarse nunca.

También reciben su castigo, pero castigo muy terrible; más duro quizás que el dolor que han causado, es el que deben sentir cuando se aperciban de su comportamiento, cuando conozcan el corazón que han perdido; cuando vean la indignación, ó más bien la lástima en el rostro del que fué su amigo. Ellos, que son ingratos por orgullo, deben sufrir mucho al verse despreciados, y al leer en los pensamientos y en la indiferencia de la persona á quien han herido, el epíteto de *miserables* con que les califica la dignidad ofendida, que solo mira en ellos á los sucesores de la serpiente fatal que hizo comer á Eva de la fruta prohibida.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LAS PERLAS.

Entre los diferentes productos zoológicos que el hombre utiliza para el lujo, se encuentran las perlas. Estas son, según los más aventajados naturalistas, una concreción de materia calcárea con un poco de sustancia orgánica, análoga al nácar de ciertas conchas, y segregada como este por el manto de los moluscos, aunque aisladamente, en una anfractuosidad ó cripta de este órgano. Su figura es varia, y á veces se encuentran libres dentro del animal que las cria, el cual se conoce con el nombre de *concha perlera* ó *madre-perla*.

Así como las conchas, las perlas también se disuelven en los ácidos y pueden igualmente reducirse á cal que hierve en el agua. «Tienen, dice Buffon, con corta diferencia, la misma densidad, la misma dureza, las mismas aguas y colorido que el nácar interior y pulimentado de las conchas, al cual muchas veces se adhieren. Su producción parece ser accidental: la mayor parte de ellas constan de capas concéntricas que se extienden alrededor de un pequeñísimo núcleo que les sirve de centro, y que con frecuencia es de una sustancia diferente de la de las capas.»

Las más perfectas en forma son esféricas, pero ordinariamente, y sobre todo cuando son algo voluminosas, se presentan algún tanto aplastadas por un lado y más convexas por el otro, ó en óvalo bastante irregular: también hay perlas oblongas, y su forma-

ción, que depende en general de la estravasación del jugo conchil, suele depender de una causa esterna producida por uno ó dos animales extraños de diferente especie que atacan á las conchas perleras; perforan estos la concha en su manto, el jugo se estraía por aquella cavidad, y produce una perla de la figura del vacío ó perforación practicada por el animal extraño.

El color de las perlas varía tanto como su figura y volumen; y en las perlas blancas ó un poco doradas, que son las de mayor precio, el reflejo ostensible que se llama *agua* ú *oriente* de la perla, es más ó menos brillante, y no resplandece igualmente sobre toda la superficie.

Entre la multitud de especies de animales conchíferos que se conocen, solamente cuatro producen ó sirven de madre-perla, y son: Las ostras, las almejas, las lapas y las orejas de mar; y aun así solo los grandes individuos de estas especies ofrecen tal producción.

En historia natural, lo mismo que en el comercio, se deben distinguir dos clases de perlas: las blancas ó un poco doradas, que tienen oriente, y las morenas, rojizas y de colores mates nebulosos confusos que no lo tienen.

Las perlas blancas ó un poco doradas, tienen más valor y belleza y son producidas en países de temperatura elevada por las lapas, por las orejas de mar y por las ostras, cuyas conchas las producen con más abundancia.

Las almejas dan perlas más abultadas; pero casi siempre defectuosas y sin blancura ni oriente. Esas almejas residen en las aguas dulces y producen perlas en los estanques y los ríos de todos los climas, bien sean cálidos, templados ó fríos. Los demás moluscos productores solo las crían en los climas calurosos, porque en el Mediterráneo, que produce muy grandes ostras, como igualmente en otros mares templados y fríos, estas conchas no las forman.

El calor del sol, independientemente del calor del globo, es indispensable para la producción de las perlas, lo mismo que á todas las demás piedras preciosas.

Se hallan perlas en las islas de Filipinas, en la de Ceylan, y sobre todo en las del golfo Pérsico. En las costas de la Arabia, hacia la parte de Moka y la bahía del cabo Comorino, en la península occidental de la India, es el lugar más famoso por la abundancia y hermosura de las perlas. Las que se estraen de

los mares cálidos del Asia meridional son las más lindas y preciosas.

Hállanse asimismo perlas bastante lindas en los mares que bañan las tierras más cálidas de la América meridional, y sobre todo en las costas de California, del Perú y del Panamá; pero son menos perfectas y menos estimadas que las perlas orientales. También se han encontrado en la inmediación del mar del Sur; y lo que parece digno de notarse es que, en general, las verdaderas y preciosas perlas solo se producen en los climas cálidos, alrededor de las islas ó cerca de los continentes, y en todos casos á unos veinte ó veinticuatro metros de profundidad.

Para pescar las perlas, baja un buzo ayudado de un peso al fondo del agua con un cestito colgado al cuello, recoge todos los nácares que encuentra á la mano, los pone en el cestito á medida que los descubre, porque no tienen ninguna señal exterior por medio de la cual puedan distinguirse los mariscos que contienen perlas; sube á flor de agua, deja las conchas recogidas y vuelve á repetir la misma operación.

Las principales pesquerías de perlas son: La de Bahren en el golfo Pérsico; la de Catifra, frente Bahren, sobre la costa de la Arabia Feliz; la de Manór en la isla de Ceylan; la del cabo de Camorino y las del Japon.

Las perlas son conocidas desde tiempos muy remotos; siempre han sido estimadas por todas las naciones para objetos de lujo; los orientales las han considerado en todos tiempos como lo más principal de sus galas.

Los antiguos romanos en los fastuosos banquetes que celebraban para ostentar más sus riquezas, esparcían perlas pulverizadas sobre los manjares.

El Dante se quejaba del excesivo gasto que hacían las mujeres de su época por el lujo inmoderado de las perlas.

Durante el reinado de Carlos I de España, V de Alemania, fueron de mucho uso entre los españoles.

Jorge Villiers, duque de Buckingham, favorito de Jacobo I y Carlos I de Inglaterra, primer ministro durante el reinado de estos dos príncipes, pasó á Francia de embajador cerca de la corte de Luis XIII y Ana de Austria, y para hacerse interesante á los ojos de la reina, de la cual estaba enamorado, adornó su capa con perlas cosidas con seda muy delgada para que pudieran desprenderse fácilmente con el roce, y mandó á sus pajes que no recogieran las perlas que se fueran desprendiendo.

En nuestros días, aunque no con tanta profusión, aun se hace uso de esas joyas.

No cabe duda que son de buen efecto si se saben usar con gusto: unidas al coral, á los rubíes ó esmeraldas, forman un delicado y hermoso contraste, mayormente si la persona que las usa tiene la tez blanca y rosada.

Esas lindas alhajas no tienen una duración permanente, las mejores pierden casi todo su brillo después de los cincuenta años.

Los poetas pagan un tributo á su hermosura, dando alguna vez el nombre de perlas á los dientes de buena forma y esmalte, y á las lágrimas que se derraman por amor.

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

GUILLERMO MONCI.

I.

La familia desgraciada.

Era la cúa de la tarde de un caluroso día de Agosto.

Unos pobres viajeros se habían sentado á descansar junto á un arroyo que bajaba desde una ancha grieta, abierta entre guijarros y rodeada de malezas y arbustos frondosos.

Les parecía mentira que habían llegado á un sitio donde respiraban frescura, y donde sus labios sedientos apagarían la sed.

El grupo se componía: de un anciano, una niña y un perro.

El anciano estaba encorvado, más que por la edad, por la miseria y la desgracia.

Su rostro revelaba un decaimiento y una amargura resignada. Sus facciones abultadas y huesosas por la demacración que se veía en todo su sér, habían sido severas y arrogantes.

Su cabeza tenía mechones de cabello áspero y gris que caían sobre su espaciosa frente, que alzaba á cada momento hácia el cielo, donde parecía buscar una cosa que no hallaba.

Con efecto, el infeliz se afanaba por ver la luz que no tenía en sus ojos.

Guillermo Monci era ciego.

Su traje roto y empolvado se componía de un calzon muy ancho con vivo militar, un capoton azul, agujereado, y una gorra, también con vivos encar-

nados y una granada bordada en la parte que caía sobre los cabellos de su frente.

Un grueso báculo sustituía al fusil que había llevado tantos años con valentía y honor, y en vez del sable luciente que no envainara nunca sin honra, ni sacara sin causa legítima, llevaba un zurrón de cuero con todo el equipaje y ajuar de su casa, que debía ser muy escaso por cierto, pues el zurrón iba casi vacío.

—¡No bebas agua, Teresa! ¡no bebas agua todavía! ¡Te vas á matar si la bebes! ¡Pobre hija mía! ¡has andado mucho y estarás destrozada, muerta!

—¡Quía, nada de eso, padre! La hija del soldado Guillermo no se cansa nunca;—contestó la niña animosamente, mientras se tiraba rendida en el suelo y echaba su abatida cabeza sobre una piedra.

La niña tendría unos catorce años.

Apenas se podían distinguir los rasgos de una hermosura que no podía desarrollarse; pues su palidez mortal, su mirada sin brillo, sus labios entreabiertos por la reseca, y acaso por el hambre, y todo su conjunto desanimado y lleno de agonía, no dejaban que se admirasen en ella unos cabellos hermosos como los de la Magdalena, unos ojos azules llenos de dulzura, y unas manos dignas del pincel de Vinci.

La cabeza de esta niña, si hubiera sido rica y feliz, habría tenido parecido con la expresión y dulzura de las Madonnas de Rafael.

Y la de su padre, á no estar abatida y disecada por los infortunios, se hubiera asemejado á la del valiente Correggio, que siempre modeló sus obras con energía singular.

Hasta el perro que acompañaba á estos desgraciados seres, era interesante por la sagacidad de su mirada y su mansedumbre y humildad.

Bien hubiera querido distinguir aquel interesante grupo el renombrado Lesseur, para sacarlo en seguida, y habría dado la mitad de su vida Berghem por descubrir el paisaje y las figuras, para hacer uno de sus encantadores cuadros.

Pero aquel lugar era tan solitario como la pobreza y dolor de la niña y el padre, y si alguien podía mirarlos con interés y amor, era el perro leal que les seguía, sin intimidarle su miseria, ni huir de sus sollozos y lágrimas.

—¡Padre! dijo la niña subiendo á un montecillo después que hubo descansado unos momentos tendida en tierra: desde aquí distingo una casa muy

grande, donde deben tener caridad porque les sobraré la abundancia.

—Pues vamos á ella, hija mía, y allí nos socorrerán; contestó el padre incorporándose trabajosamente.

—¡Déjame ya beber agua, padre mio; porque no podré ya dar un paso si no se apaga mi sed!

—¡Bebe; pero no sacies el apetito! ¡Tanto te dañaría ese deseo vehemente, como apagarle hasta la saciedad.

—¡Si no fuera por vos, bebería hasta morir, padre mio!

—Están abrasadas sus entrañas, dijo el pobre anciano, y llevó la mano á los ojos, porque sus lágrimas querían brotar.

—¿No bebeis vos?

—¡Sí, llévame! ¡llévame, hija mía! y beberé; que hoy he recordado la sed que tenía en la memorable batalla de Chiclana, y la no menos grande que sufrí en la de Vitoria, cuando todo lo perdió el cancerbero francés; todo, hasta los equipajes.

Ya ves que no sería yo ambicioso, cuando vine solo con mi traje militar y mi hoja de servicios, y algunas heridas sin cicatrizar.

—Cuando recordais esas cosas, padre mio, parecéis más joven.

—¡Sí, es verdad! me reanimo como cuando oía las trompetas y los clarines de guerra.

Entonces veía á lo lejos perfectamente los colores é insignias de nuestros enemigos.

Hoy todo es negro, Teresa. El horizonte y mi corazón se encuentran de luto.

Y para más tormento, mi hija y mi perro tienen hambre, y yo no les puedo ganar el pan.

—¡Desechad esas ideas, padre mio! Ni el perro aulla, ni yo me quejo. ¡Morir á vuestro lado no es morir!

—¡No hables de muertes, hija del alma! ¡Si tú faltaras al pobre ciego!..... ¡Oh, qué horror! ¿Qué sería de él, Dios mio?

—¡Siempre tiene Dios un guía para los desgraciados! respondió la pálida niña, ahogando un suspiro de angustia.

—Pero los que se encargan de guiar el pobre ciego, no sufren como tú, sin chistar, los trabajos y el hambre. Solo una hija sabe morir sonriendo á su padre, y colmándole de caricias y halagos.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

EL SACRÍLEGO.

CUENTO DEL SIGLO XVI.

ESCRITO POR JULIÁN CASTELLANOS.

(Continuacion.)

Aquí paso la vida jugando y riendo, con objeto de ver si arranco de mi pecho el recuerdo de doña Luz, á quien desde el punto que abandoné á Toledo amo con delirio, sin que, á pesar mío, pueda borrar de mi mente su imagen.

—¡Caso más raro!....

—Qué quereis: vuestra apuesta me obligó á hacerme amar por aquella mujer á quien, si hubiera poseído, hubiera olvidado de seguro; pero la casualidad la salvó, y desde entonces, las dificultades que se han opuesto á mis designios han hecho interesarse á mi corazón.

Yo que nunca había amado, que me reía de ese sentimiento me veo hoy tan poseído de él, que creo que me arrastrará tarde ó temprano, á volver á Toledo, solicitar el perdón de D. Lope y pedirle la mano de su hija.

—Deliráis, amigo Silva, eso es ya irrealizable; el de Albornoiz murió á consecuencia de la herida que le disteis, y su hija se encerrará dentro de poco, si no se ha encerrado ya, en la sombría celda de un monasterio.

—¡Qué decis, Paredes!

—La verdad; doña Luz os amaba y osamará siempre con toda su alma, porque fuisteis el primero en hacer despertar en su corazón las pasiones que hasta conoceros yacían adormecidas, pero su padre al morir la arrancó la solemne promesa de que nunca se enlazaría con vos, y ella decidida á cumplir este santo juramento, pero resuelta también á no pertenecer á ningún otro hombre, trasladóse al monasterio de San Clemente, en donde, como os he dicho, pronunciará el voto que ha de separarla del mundo.

—No, no, eso es imposible; ella puede ser todavía el ángel de mi redención; yo impediré que se encierre en el claustro, aunque tenga que esponer para ello cien veces la existencia.

Al siguiente día, D. Diego de Silva, loco, desolado, y decidido á todo, abandonaba á San Quintín, resuelto á trasladarse á España.

Castigo del Cielo.

VII.

Una tempestad terrible descargaba sobre Toledo al terminar la tarde del día 5 de Diciembre.

El agua descendía á mares, y el relámpago y el trueno, repitiéndose sin interrupción, mostraban claramente que la tormenta seguía posada sobre la vetusta cabeza de la corte de los godos, sin que la influencia del río la dividiera, como de costumbre sucede.

Jamás con tanta insistencia descargó tempestad alguna sobre la ciudad egregia, y nunca sus moradores sintieron un miedo más intenso que en aquella tarde, en que parecía que los elementos se conjuraban, dispuestos á hacer despojos de su terrible lucha á la patria de Padilla.

Sus estrechas callejas veíanse asaltadas por improvisados arroyos, que inundándolas de banda á banda, despeñaban por las agrias cuevas sus negras y espumosas ondas, corriendo á sumergirse en el Tajo.

Pero si terrible é imponente era contemplar la tempestad desde cualquier punto, nada podía igualarse al efecto que hacía bajo las elevadas bóvedas de la gótica iglesia de San Clemente, en donde á la hora en que los elementos desplegaban todo su poder salvaje, veíase congregado lo más lucido de la nobleza toledana, con objeto de asistir á una de las ceremonias más imponentes de nuestra religión.

Una mujer iba á despedirse para siempre del mundo: la encantadora doña Luz de Albornoiz iba á trocar la seda y los brocados por el tosco hábito de las esposas del Señor.

La iglesia, ricamente engalanada, veíase llena de una multitud silenciosa que contemplaba la santa ceremonia poseída de un respeto profundo, aumentado por la voz de la tempestad que resonaba con eco terrible en las bóvedas del monasterio, y por la llama sulfurosa del relámpago, que penetrando por los cristales de las ojivas, prestaba un colorido fantástico á aquel sagrado recinto.

La santa ceremonia había terminado: la joven doña Luz preparábase ya á repasar la puerta reglar, cuando un hombre, destacándose de entre la multitud, se acerca á la nueva religiosa y la arranca el sagrado velo.

Un grito de horror se escapa de todos los labios;

doña Luz cae desmayada, y el sacrilego, que no era otro que D. Diego de Silva, aprovechándose del momento de estupor que embarga á todos, ciñe con su brazo izquierdo la reducida cintura de la jóven, y espada en mano trata de ganar la calle con tan preciosa carga.

Hay momentos en que un acto de temeridad de un solo hombre sorprende, paraliza la accion de una multitud, de un ejército, que no acierta á darse cuenta de lo que sus asombrados ojos miran.

Ejemplos mil nos muestran las historias de todos los países de este género de acontecimientos; pero esa sorpresa, esa inmovilidad, desaparecen rápida é instantáneamente, y ¡ay del atrevido, si no tuvo la suerte de ponerse en salvo aprovechando la oportunidad del momento, porque la reaccion viene, y mil brazos se alzan sobre el temerario, dispuestos á pulverizarle!

Esto fué lo que pasó á D. Diego: contaba con la sorpresa para lograr su intento, pero la sorpresa pasó antes de que pudiera ganar la salida; multitud de caballeros cerráronle el paso espada en mano, y la voz del sacerdote resonó con eco profundo en el templo, exclamando:

—¡Detente, sacrilego! la maldicion de Dios caiga sobre tu cabeza.

El de Silva lanzó una diabólica carcajada al escuchar la excomunion, y con una serenidad digna de mejor causa, despues de medir con una rápida ojeada la distancia que le separaba de la calle, arrojó su tizona, desnudó su daga, y apoyando la punta en el turgente seno de la jóven, se dirigió á la salida, gritando:

—Paso, caballeros, paso, ó de lo contrario arrojo á vuestras plantas su cadáver.

Un estremecimiento de horror sobrecogió á todos, y la multitud, como impulsada por un mágico resorte, dejó franca la puerta de la iglesia.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS

ALBUM DE LA VIOLETA.

La Africana, ópera del maestro Meyerbeer, estrenada en el coliseo de Oriente.—**Tomás el quinquillero**, melodrama en cinco actos.—Viaje ligero alrededor de los teatros.

Con íntima satisfaccion anunciamos á nuestros lectores el mejoramiento del estado sanitario de la

capital. Aciagos han sido los dias que han pasado; pero con la frescura de la estacion la epidemia ha tomado un carácter más benigno y la mortalidad se ha disminuido considerablemente. Todo lo esperamos de la misericordia de Dios, y así abrigamos la confianza de que los dias que han de venir serán menos dolorosos.

El Teatro Real abrió sus puertas el dia 14 con *La Africana*, obra póstuma del maestro Meyerbeer, estrenada en el teatro de la *gran Ópera de París* en la temporada anterior. Varias son las empresas que preparan en las diversas naciones de Europa la representacion de *La Africana*, siendo nuestro coliseo de Oriente de los primeros que la han puesto en escena, á costa de gigantescos esfuerzos, hechos por la empresa que ha tomado á su cargo dicho teatro, dando así una prueba de su interés y celo en satisfacer las esperanzas del público.

Por efecto de la calamidad reinante el público no ha acudido con aquel afán (que en circunstancias más favorables hubiera manifestado) á presenciar el estreno de tan grandiosa creacion, puesta en escena con un lujo, esmero y propiedad nunca vistos hasta ahora. En otra ocasion la primera representacion de *La Africana* hubiera sido un acontecimiento. A pesar de todo, y á juzgar por las dos ó tres veces que esta ópera se ha representado, podemos decir que no ha dejado nada que desear en cuanto al aparato escénico y decoraciones, pues tanto el inteligente director de escena, Mr. Harris, como el pintor, Sr. Ferri, han correspondido á su merecida reputacion. Igualmente la numerosa orquesta dirigida por el Sr. Bonetti ha interpretado muy bien la hermosa y difícil instrumentacion del maestro Meyerbeer, siendo objeto de nutridos aplausos especialmente en el preludio del quinto acto, que se repite dos ó tres veces en cada representacion.

Los artistas que han tomado parte en el estreno de esta obra la han interpretado bastante bien, mereciendo especial mencion la señora Rey Balla, que como protagonista ha sacado mucho partido de su interesante y magnífico papel. El público, que sabe apreciar lo que cada cual vale, ha recompensado á esta artista con abundantes aplausos. No nos estendamos más por ahora esperando que las representaciones sucesivas nos den más luz para discurrir acerca del mérito colosal de *La Africana*, que como todas las grandes partituras de Meyerbeer ofrece complicaciones y bellezas de primer orden que no

se pueden apreciar sino en virtud de un detenido exámen.

Los demás teatros apenas han dado muestras de vida. En el de Novedades ha tenido lugar el estreno de un melodrama en cinco actos nominado *Tomás el quinquillero*, arreglado del francés por el joven escritor Sr. García Campos. Aunque esta obra pertenece á un género desagradable, abunda en situaciones cómicas y dramáticas preparadas con bastante habilidad. El Sr. Campos ha sacado del original francés todo el partido que podía sacarse de una obra tan desigual en sus condiciones y tan verosímil en sus caracteres. El último acto es de muy buen efecto y se hace aplaudir.

Los autores de aquel coliseo, han interpretado esta obra de una manera infeliz, que no puede resistir la crítica. El Sr. Cortés, sin embargo, hizo algunos esfuerzos laudables: la señora Díaz agradable como siempre.

En Variedades se ha estrenado con éxito el drama *La abdicacion de una Reina*, arreglada del italiano por el Sr. Segovia. La señorita Civili ha interpretado esta obra de una manera magistral, recogiendo gran cosecha de aplausos.

En el Circo se ha puesto en escena *La Almoneda del Diablo*, obra de relumbron que hace las delicias del público de encargo de las galerías. Como el éxito de esta comedia depende única y exclusivamente del buen juego de la maquinaria, se ha echado de menos en su representacion la exactitud y puntualidad de los cambios de decoraciones y demás efectos de magia. No obstante, es plausible que la empresa de aquel coliseo haya presentado esta comedia en las actuales calamitosas circunstancias.

En el Príncipe han continuado las representaciones de *La Campana de la Almudaina*, obra en que tanto se distingue Valero y Teodora Lamadrid.

En el coliseo de la calle de Jovellamos se ha estrenado una zarzuela en un acto nominada *Las cartas de Rosalia*. Es una obra grotesca exagerada y con pobrísimas condiciones cómicas. La música del señor Roger agradó bastante.

Como nuestros lectores pueden juzgar, los teatros no prosperan gran cosa bajo la impresion de la terrible calamidad que á la poblacion aflige. Esperamos que luzcan mejores días para que la escena recobre su vida y animacion acostumbradas.

LEANDRO A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La estacion avanza, y á pesar de la condescendencia del sol, es necesario abordar la cuestion de los trajes de invierno.

Atencion, queridas lectoras; el borde de nuestra pluma es hoy una tierra fecunda, donde brotan las flores con que la moda engalana á sus favorecidas: juzgad vosotras mismas.

Se preparan interesantes novedades, de las que debemos ocuparnos ordenadamente, empezando por las telas. El *poul-de-soie* bordado obtendrá gran voga, no con las disposiciones del año anterior, sino mezclando el bordado negro con otro blanco, que imita el encaje maravillosamente, y forma una especie de cinta, serpenteando á través de estrellas, festones y flores de todas clases. Estas disposiciones, con las cuales no necesita el traje más adorno, son encantadoras sobre azul habana pálido, ó pensamiento, y sobre negro, con el bordado todo blanco, lo que no impide que se destaque admirablemente el punto de encaje.

Nuestras elegantes, que habian abandonado á sus doncellas los bordes de falda denteados, vuelven á tomar esta fantasía que amenaza generalizarse aunque con la probabilidad de ser, como ya otra vez, de corta duracion.

Las dobles faldas están en alza, mostrándose cada vez más; algunas veces ambas son cortas, por lo cual la falda inferior parece no ser otra cosa que una enagua, tanto más, cuanto que la fantasía suele hacer ambas faldas diferentes. Como se gusta del baturrillo y agrada sobre todo la mezclanza, no es raro ver con este arreglo un cuerpo alto igual á la falda superior, con las mangas iguales á la inferior, de manera que hoy está sumamente admitido (sea con falda larga ó corta) una falda de debajo y mangas de tafetan blanco, con vestido de encima azul, verde, cereza, etc.

Se asegura que el terciopelo y el raso será el gran género para el invierno, pero no podemos afirmarlo.

Es necesario decidirse á romper con la uniformidad en el traje, porque en invierno, á no ser vistiéndose de piés á cabeza en terciopelo, no es posible llevar la vestimenta igual.

Para los trajes simplemente de lana se conserva

la casaca de lo mismo, sobre la que generalmente hallamos el cinturón, por más desgraciado que nos parezca. Este traje suele ejecutarse sobre esa tela chiné que se pavonea insolentemente en todas las tiendas. Esta fantansía no es bonita, siendo mucho más preferible tomar una casaca en paño, terciopelo ú otro equivalente. La forma con mangas es la única adoptada, existiendo solo la diferencia, en si ha de ser más ó menos ajustada. El terciopelo punteado azul ó pensamiento, establecerá encantadoras vestimentas que se adornarán con una hilera de plumas.

Entre las elegantes hay algunas que evitan todo lo que deslumbra, y para estas se descubren de vez en cuando trajes de buen gusto, ricos y elegantes, sin fracaso, de los cuales recomendamos los dos siguientes:

Uno en tafetan malva á dos faldas con siete vueltas de entredós Cluny, muy estrecho sobre la primera. La segunda recortada á festones bordeados del mismo entredós, y levantada en cada paño por grandes muletillas denteadas que parten desde el talle. La pequeña casaca igual, guarnecida de guipure, tiene capucha pequeña y redonda. Completa este traje un sombrero de crespon malva con barba de guipure rodeada al copete, y retenida por una hebilla de oro cincelada. Este traje se puede reproducir en tela oscura, con guipures negros, ó más sencillamente, con terciopelos negros, pues de todos modos será precioso y distinguido.

El otro es de *poult-de-soie* de verde; el guarnecido se compone de una franjita á bolas verde y negra, con cabeza de pasamanería perlada. Lleva en el bajo cinco vueltas dispuestas á festones encontrados y además otra que guarnece todas las costuras. El cuerpo, que forma vesta de caza, abierta y con vueltas por delante, lleva por detrás una larga aldeta huyendo, guarnecido todo del mismo modo, y colocándose encima un cinturón con gran hebilla. No mencionaremos las mangas porque no sufrirán alteración, siendo siempre de codo, adornadas por abajo, algunas veces sobre la costura y la sisa, y con jockey ó vuelta, que varían muy poco.

Digamos algo, en conclusion, sobre los sombreros. Todos son invariablemente Imperio, y de veinte, los diez y ocho adornados con oro; pues por más desgraciado que nos parezca, el oro y la plata dominaron hasta en las pasamanerías para adornar los trajes.

En este momento triunfan para sombreros las

mezclas de crespon y terciopelo, siendo el complemento indispensable un colibrí, pues no se hará un solo sombrero de vestir que no lleve su correspondiente pájaro, lo que sea dicho de paso, es sumamente coqueton.

Terminaremos describiendo tres sombreros. El primero sencillo en tul de ilusión negro bullonado. Un echarpe todo perlado en oro lo atraviesa al viés, formando despues un nudo, sobre el lado de cuyo centro se escapa un pajarillo, terminando dicho echarpe por largos cabos flotantes; el interior es de terciopelo negro y oro.

El segundo es de crespon azul, con muletillas de terciopelo idem, formando estrellas y recubiertas de blonda blanca; por detrás un colibrí á reflejos de oro.

En fin, el tercero es de terciopelo negro, liso todo, pajado de oro con mariposa idem en el interior.

JOAQUINA DE CARNICERO.

EXPLICACION DEL FIGURIN.

(Número 2533.)

Primera figura. Vestido de tafetan adornado en el bajo de la falda de una ancha banda, en la que alternan medallones de encaje y cruzados de cinta de terciopelo. Cuerpo alto con aldeta cazadora y manga estrecha guarnecida como la falda. Prendido de encaje en los cabellos.

Segunda figura. Vestido de *poult-de-soie* con un volante encañonado en el bajo. Paletot de muleton inglés rayado, con un pequeño capuchon. Adornos de pasamanería y borlas. Sombrero imperio azul adornado de plumas y un largo velo de tul emperatriz.

Tercera figura. Vestido de foulard moteado; el bajo de la falda, lleva dos bullones separados por una cinta de terciopelo. Casaca ceñida con cinturón. Sombrero increíble con largo velo y un pájaro.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima. N.º 13. Pral Derecha.
Ayuntamiento de Madrid

MADRID

